THE HORUS HERESY®

DEATH OF A SILVERSMITH

Graham McNeill



A HORUS HERESY SHORT STORY



LA HEREJÍA DE HORUS

MUERTE DE UN PLATERO

GRAHAM MCNEILL

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Personajes Imperiales

PLATERO	Rememorador de la 63ª Flota Expedicionaria
LORD GENERAL	General del teatro anatólico

La Legión de los Lobos Lunares

HASTUR SEJANUS	Capitán de la 4ª compañía de los Lobos Lunares
DESCONOCIDO	*"No sé decirte"*

Consejo de Terra

MALCADOR EL SIGILITA	Regente y Jefe del Consejo de Terra

Sé que me estoy muriendo. Lo que no sé es por qué. Mi garganta está aplastada, y el escaso aliento que logro arañar no podrá mantener mi cerebro en funcionamiento mucho más tiempo. No me ha matado del todo, a pesar de que podría haberlo hecho con facilidad. Lo recuerdo inclinando su mirada sobre mí mientras mis pies pataleaban en el suelo del taller, mientras boqueaba como un pez tirado en la rivera de un río. Me miraba como si estuviera fascinado por la transición de mi cuerpo entre la vida y la muerte. Pero soy más fuerte de lo que parezco, y no voy a morir rápidamente.

Pero ahora que lo pienso, quizá es lo que él quería.

Ni siquiera se ha quedado a verme morir, como si no tuviera interés en cuánto pudiera durar mi agonía, como si fuera a ser un proceso demasiado prolongado. De hecho, creo que ha empleado la cantidad de presión precisa para aplastarme la laringe lo suficiente como para proporcionarme una muerte lenta. Si no fuera porque me estoy muriendo casi podría admirar la exactitud, la atención al detalle y la fuerza controlada que tal acto requiere.

Quería que muriera lentamente, pero no se ha preocupado por contemplar el resultado.

¿Qué tipo de mente piensa así?

No tengo dioses a los que rezar, nadie los tiene. El Emperador nos ha mostrado la insensatez que supone adorar a deidades invisibles cuya existencia es una falsedad. Todos los santuarios y templos han sido demolidos, incluso el último que quedaba a la orilla del puente de plata. Los cielos están vacíos de entidades sobrenaturales que puedan oír mis pensamientos moribundos, pero ahora desearía que no fuera así.

Cualquier testigo de mi muerte sería mejor que ninguno en absoluto. De esta manera sólo será una estadística, un informe cumplimentado por la tripulación de esta poderosa nave. Sólo si alguien puede oír mis últimas palabras o comprender mis últimos pensamientos tendrán algún sentido. Imagino que uno no puede olvidar a un hombre que se muere delante de él.

Incluso cuando me ha matado, desearía que se hubiera quedado hasta el final. Al menos habría tenido algo a lo que mirar en lugar del techo ennegrecido de mi taller. El lumen mantiene un brillo regular aunque tengo la impresión de que está fundiéndose.

¿O soy yo quien se funde?

Desearía que se hubiera quedado a verme morir.

Era mucho más grande y fuerte que yo. Modificado por medio de ingeniería genética, por supuesto, pero incluso antes de la potenciación estoy seguro de que habría sido demasiado poderoso para mí. Nunca he sido un hombre violento, los logros físicos y marciales jamás me han interesado. A una edad muy temprana ya era un pequeño quincallero, un desmantelador de conjuntos de partes funcionales, el poseedor de una mente maniática que funcionaba como un intrincado reloj. Mi padre quería que me aceptaran como aprendiz en el Mechanicum de Marte, pero mi abuelo se había opuesto rotundamente. Los sacerdotes del planeta rojo habían sido enemigos de Terra apenas dos generaciones atrás y mi abuelo —que poseía unos dedos largos y exquisitos con los que daba forma a brazaletes y collares al estilo de la escuela del Repujado de Ascalón— aún les guardaba el rencor de aquellos tiempos caóticos.

Fabricar armas y máquinas de guerra para el Imperio de la Humanidad era desperdiciar el don que yo poseía. Mi abuelo era un artesano en el auténtico sentido de la palabra, un artífice digno de ese nombre, y el talento evidente en su trabajo había saltado a mi padre y lo había heredado yo directamente. Mi padre no sintió nunca envidia, ni mucho menos. Al contrario, alababa mis triunfos y mostraba orgulloso mis piezas, incluso cuando aún era muy joven y mis broches, pendientes y brillantes gargantillas eran propias de un aficionado y de escasa originalidad.

Trabajé muchos años aprendiendo mi oficio y desarrollando mi don hasta que se hizo claro que mi habilidad había superado la de mi abuelo. La artrosis había vuelto garras sus manos, y fue un día de lágrimas aquel en el que colgó sus alicates y su placa de trefilar.

El trabajo nunca había escaseado, incluso cuando los últimos estertores de la guerra aún sacudían los lejanos confines de Terra. Los etnarcas y los déspotas habían ido cayendo uno tras otro y aun así, incluso en tiempos de conflicto, siempre había alguna dama de un general que deseaba una lujosa gargantilla, un tetrarca que

necesitaba una empuñadura más impresionante para su espada o un burócrata que buscaba impresionar a sus iguales con un plumín de filigrana.

A medida que las guerras llegaban a su fin, un remedo de estabilidad se iba restaurando en Terra, y el dinero empezó a fluir a lo largo del orbe en rutilantes ríos dorados. Y con él vino el deseo de invertir copiosas sumas conmemorando la Unidad, lamentando a los caídos o inmortalizando el futuro. Nunca he estado más ocupado, y aquella demanda frenética elevó mi creatividad a nuevas y maravillosas alturas.

Recuerdo una pieza en particular que creé para el Lord General del Teatro Anatolio. Sus soldados habían sido lo bastante afortunados como para luchar junto a los astartes de la X Legión antes de que partieran hacia la gloria de la Cruzada. Una rama secesionista de los clanes del Terawatt había decidido conservar su dominio sobre las forjas Urales en lugar de entregarlas a los Manos de Hierro, y se había enfrentado a sus representantes mortales.

La represalia no se hizo esperar, y el complejo de las forjas cayó después de un mes de lucha encarnizada, en la que las brigadas anatolias habían sobrellevado la parte más dura del enfrentamiento contra los guerreros ciegos de los clanes y su extraño y letal armamento. El Lord General me contó que el primarca de la X Legión quedó tan impresionado por el coraje de sus soldados que descolgó el guantelete de hierro del estandarte de uno de sus capítulos y se lo ofreció al noyán al frente de la primera brigada que atravesó las puertas de las fundiciones interiores.

Por supuesto, aquel oficial en particular no habría podido conservar aquel trofeo, por lo que diligentemente se lo ofreció a su superior y éste al suyo hasta que llegó a manos del Lord General. Él fue quien me lo entregó, con la instrucción de crear un relicario —a pesar de que se rió de un término tan anticuado— digno de aquel regalo.

Trabajar sobre una pieza tan increíble era un honor, y derroché todo mi talento sobre aquel encargo tan particular. El guantelete en sí era claramente una pieza insignificante para los Manos de Hierro, pero a medida que estudiaba la intrincada precisión de su factura fui apreciando la increíble habilidad que había sido necesaria para su fabricación. Había oído hablar de las milagrosas manos de Ferrus Manus, y pensar que estaba trabajando en una pieza tocada por el propio primarca, uno de los hijos del Emperador, me otorgó un propósito y una inspiración más allá de mis sueños más descabellados.

Trabajé día y noche, apartándome de todo contacto humano y rechazando a muchos ricos mecenas durante el proceso. La brillantez del guantelete elevó mi pasión y mi habilidad hasta nuevos límites de invención y en un mes había creado una maravilla, un relicario de oro con un detalle tan exquisito, una filigrana tan delicada y un trabajo de joyería tan precioso, que el resultado podría haberse colocado al lado de algún antiguo repositorio de huesos de un supuesto santo y no habría desentonado.

Aunque el Emperador había prohibido la adoración de dioses falsos y de espíritus impuros, yo tenía algunos libros viejos y mohosos que un amigo mío del Conservatorio había rescatado de un santuario demolido y me había ofrecido, sabiendo de mi interés en tales objetos. Aunque toda la palabrería sobre dioses, espíritus y magia era obviamente un sinsentido escabroso e hiperbólico, las obras de arte y el simbolismo inspirados por tales creencias eran extraordinarios. Las líneas entrecruzadas, las ondas interconectadas, las espirales de una complejidad que dejaban sin aliento y la perfección de su geometría hacían que pudiera pasarme horas absorto entre aquellos cautivadores patrones sin perder el interés.

En aquellos libros encontré la inspiración perfecta y mi obra finalizada era, simplemente, bella.

El Lord General lloró cuando la vio, y por nuestros anteriores encuentros sé que no era un hombre dado a la expresión de sus emociones. Me abrazó y me pagó el doble del precio del encargo, y necesité toda mi fuerza de voluntad para reprimirme y no devolverle el dinero. El simple hecho de que se me hubiera permitido trabajar en tal pieza era pago suficiente.

La fama de mi relicario se extendió, y mi talento se demandó más que nunca, pero nada lograba impulsarme hasta la cumbre creativa de aquella obra. Aun así mi trabajo era excelente, y no pasó mucho tiempo hasta que llamara la atención de aquellos que estaban dando forma al futuro de nuestro mundo y de los que esperaban más allá de los cielos estrellados. En un día invernal, mientras trabajaba en un orbe de ónice engastado en un guante de plata, el curso de mi vida cambió para siempre.

Un hombre, noble en sus vestiduras aunque modesto en su comportamiento, entró en mi taller de la ladera de las montañas Sahyadri y educadamente esperó hasta que le dirigí mi atención. Hablaba con un tono culto y un acento que no logré identificar, y me ofreció formar parte de un *artel* que deseaba establecer. Sonreí al

escucharlo emplear una palabra tan antigua, una que ya nadie empleaba y tan evocativa de un tirano muerto mucho tiempo atrás. Cuando le pregunté quién formaría dicho artel, me habló de artesanos, poetas, dramaturgos e historiadores, hombres y mujeres que viajarían a las estrellas con las flotas de la cruzada del Emperador y que serían testigos del mayor logro que nuestra especie jamás hubiera conocido.
Demostraríamos que tal organización era necesaria, para añadir nuestro peso al creciente coro de voces que urgían a una celebración más formal y autorizada de la reunificación de la humanidad. Demostraríamos lo que tal organización podría conseguir. Nuestro trabajo no sería menos vital que el de los guerreros de la flota expedicionaria.

Percibió mi condescendencia y sonrió cuando decliné su oferta. Yo era feliz en Terra y no sentía el deseo de aventurarme en los confines desconocidos del espacio. Echando hacia atrás su capucha dejó que su largo pelo blanco se derramara sobre sus hombros y me dijo que la más alta autoridad había solicitado mi cooperación. Quise reírme, pero no me atreví en cuanto vi la profundidad de entendimiento y todo un mundo de recuerdos en sus ojos. Aquel hombre, aquel hombre ordinario con el peso del mundo en su mirada, simplemente dejó un sobre de color crema sobre mi banco de trabajo y me pidió que lo considerara detenidamente antes de rechazar la oferta.

Se fue sin decir una sola palabra más, dejándome a solas con el sobre. Pasaron horas antes de que me atreviera a levantarlo; le di vueltas entre mis largos dedos comprendiendo lo que había en su interior sin abrirlo. Abrirlo podía significar una aceptación tácita de la oferta, y no quería abandonar la comodidad de mi taller. La solapa estaba sellada con lacre, y mi corazón se detuvo un instante cuando reconocí los rayos cruzados y el águila bicéfala del sello.

Pero como todo hombre con una vena creativa, pesaba sobre mí la maldición de una curiosidad insaciable. Al final abrí el sobre, como mi visitante sabía que haría, y leí la carta. Aunque estaba redactada como una solicitud administrativa, las palabras eran tan elocuentes, tan apasionadas y tan llenas de esperanza y poder que inmediatamente supe quién las había escrito. El extraño, cuya identidad ahora sabía, no me había mentido al indicarme la importancia del individuo que había solicitado mi presencia.

En el mismo día empaqueté mis exiguas pertenencias y me dirigí al norte de las montañas del Himalazia para unirme al resto de mis compañeros reunidos apresuradamente. No intentaré describir la majestuosidad del Palacio, porque las palabras por sí mimas no pueden hacerle justicia. Era una masa terrestre moldeada en una arquitectura geológica, una maravilla que nunca será sobrepasada. Las cofradías de artesanos intentaron superarse una a otras en sus esfuerzos por glorificar las hazañas del Emperador, creando un monumento digno del único ser que podía ostentar tal título sin necesidad de un nombre real.

Aquellos días ahora se me aparecen desdibujados, aunque puede ser debido a que mi cerebro empieza a morir por la falta de oxígeno. Baste decir que pronto me encontré surcando la oscuridad del vacío, donde cardumen tras cardumen de naves espaciales atestaban los cielos y sorbían ávidamente el combustible y los suministros de las enormes plataformas del tamaño de continentes situadas en órbitas geoestacionarias.

Por fin vi la nave que se convertiría en mi hogar durante casi doscientos años, un leviatán que relucía con el brillo que reflejaba de la luna. Refulgía toda blanca a medida que giraba elegantemente para recibir a la flotilla de transportes que se elevaban desde el planeta a sus pies. Era el *Espíritu vengativo*, buque insignia de Horus Lupercal y sus Lobos Lunares.
Rápidamente me labré un prestigio a bordo, y aunque mis posesiones eran magras, mi riqueza era sustancial, sólo equiparable a mi vanidad. Todo ello me permitió extender mi esperanza de vida y retener la apariencia de juventud con tratamientos de rejuvenecimiento de la mejor calidad.

Ahora que estoy tirado en el suelo de mi taller en la cubierta de artesanos del *Espíritu vengativo* desearía no haberme preocupado por eso. ¿Qué diferencia suponen unas cuantas líneas alrededor de los ojos o una piel más suave cuando cada aliento puede ser el último y una especie de gozo se apodera de mi mente a medida que se apagan partes de mi cerebro?
Prosperé en el buque insignia de la 63.ª Expedición creando muchas obras de arte, encargos para embellecer vainas, insignias honoríficas, juramentos de combate y demás. Hice amigos entre los rememoradores —como se nos empezó a conocer tras Ullanor—: algunos buenos, algunos mal elegidos, pero todos lo bastante interesantes como para hacer el tiempo a bordo de la nave extremadamente agradable. Uno de mis compañeros, Ignace Karkasy, escribía unas poesías

irreverentes relativas a los astartes tan cómicas que temí que un día agotara su paciencia.

El trabajo de la flota expedicionaria continuó, y a pesar de que fueron muchos los mundos sometidos gracias al esfuerzo de guerreros e iteradores, vi poco de ellos salvo a través de las palabras y las imágenes de mis compañeros. Personalmente recreé un mapamundi de lapislázuli que se encontró en las profundidades de un planeta inhabitable y grabé muchos cascos con iconos que representaban a hermanos caídos en la guerra de Keylek.

Aún faltaba por llegar mi encargo más importante, a la estela de la campaña de Ullanor.

Según los testimonios de quienes lucharon en aquel mundo pantanoso y envuelto en llamas fue una guerra grandiosa, una victoria sobresaliente que no podría haber sido ganada por otro salvo Horus Lupercal. Ullanor marcó un hito en la cruzada, y fueron muchos los comandantes que vinieron a mi taller con la intención de celebrar su presencia en tal histórico campo de batalla con una espada o una copa ceremoniales.

El Emperador volvía a Terra, y un inmenso monumento triunfal se erigió en las ruinas del mundo pielverde para estampar por siempre ese momento en la maleable aleación de la historia.

En ausencia del Emperador Horus Lupercal lideraría las últimas fases de la cruzada, y la importancia de tal deber requería un título de igual prestigio.

Señor de la Guerra.
Incluso yo, alguien a quien desagradaban la guerra y las historias de sus batallas, saboreé el sonido de aquel título. Prometía grandes gestas, hazañas gloriosas, y mi mente se imaginaba frenética los magníficos trabajos que moldearía para conmemorar el honor que el Emperador había depositado sobre Horus Lupercal.

Coincidiendo con la unción del Señor de la Guerra a nosotros también se nos concedió un honor. La fundación de la Orden de los Rememoradores es uno de los recuerdos de los que estoy más orgulloso; lloré cuando oí su ratificación por el Consejo de Terra. Recordé al hombre de pelo blanco que había venido a buscarme a mi taller y alce muchos vasos a su salud en los comedores de la nave.

Un día después del Triunfo vino a verme un guerrero, un hombre hermoso revestido con una armadura de combate que brillaba blanca del polvo de pulir y olía a aceites aromáticos. Su nombre era Hastur Sejanus, y nunca me he sentido tan cautivado por un semblante como lo estaba por el suyo. Me mostró su casco, grabado con una cruda marca encima del ojo derecho. Sin tener que preguntar supe que era una luna creciente.

Sejanus me encargó que creara cuatro anillos, todos ellos en plata, cada uno con una piedra luna labrada. Una debería representar la luna creciente de su propio casco, otro la media luna, otro el cuarto menguante y el cuarto la luna llena. Por aquel trabajo me pagaría generosamente, pero rechacé la remuneración: sabía para quién serían aquellos anillos.

El Mournival.

Abaddon llevaría la luna llena, Aximand —a quien algunos llamaban «Pequeño Horus»— la media luna y Torgaddon el cuarto menguante. Sejanus llevaría el anillo final del cuarto creciente.

Como pago era suficiente el honor de trabajar en unas piezas para unos guerreros de tal prestigio.

Trabajé durante semanas dando forma a cada anillo con toda la habilidad de la que era capaz. Sabía que tales guerreros despreciarían cualquier barroquismo decorativo y demás fruslerías, así que mantuve las florituras de mi estilo al mínimo hasta que estuve seguro de haber creado unos anillos dignos de los comandantes más cercanos al Señor de la Guerra.

Con mi trabajo en los anillos completado esperé la vuelta de Hastur Sejanus, pero las exigencias de la guerra lo mantuvieron apartado de mi taller, y mientras otros encargos llegaron a mi banco de trabajo. Uno de aquellos encargos, muy simple en su concepción y que resultó ser mi ruina, también vino de la mano de un guerrero de los Lobos Lunares.

Nunca he sabido su nombre, puesto que nunca me lo dijo y no me atreví a preguntárselo. Era un hombre de cara roma con una profunda cicatriz sobre una ceja y un comportamiento beligerante. En sus palabras se evidenciaba el áspero acento de Cthonia típico de los guerreros más viejos de los Lobos Lunares.

Lo que quería era muy simple, tan simple que no era digno de mi talento.

De una bolsa de su cinturón extrajo un disco de plata, como una moneda sin acuñar, y la depositó sobre mi mesa. La deslizó hacia mí y me dijo que quería hacer unas medallas con la imagen de la cabeza de un lobo y una luna creciente. Rara vez aceptaba un encargo tan específico. Prefería aportar mi propia sensibilidad artística en cada proyecto y así se lo dije. El guerrero insistió de una forma que me hizo sentir que sería peligroso negarme. Una cabeza de lobo y una luna creciente. Nada más, nada menos. Mi trabajo consistiría en crear el molde para tales medallas, luego él lo llevaría a la cubierta de ingeniería para producirlo en masa con una prensa hidráulica.

Un encargo tan banal no me interesaba, pero asentí y le dije que tendría su molde en el plazo de un día. No se me escapaba la similitud con el motivo del encargo de Hastur Sejanus, pero no dije nada. Parecía que las palabras irritaban a aquel guerrero, y tenía la apariencia de alguien a quien los arranques de una violencia brutal e indiscriminada no le eran desconocidos. Temer a los astartes es natural: han sido, al fin y al cabo, criados para ser asesinos. Pero había algo más en él, algo más inmediato que mi mero reconocimiento del propósito de su existencia.

En cuanto se marchó sentí que el aire de mi taller se aligeraba, como si hasta ese momento hubiera estado presionando sobre mi cráneo. Una parte primaria de mí sabía que había estado expuesto a un terrible peligro y me gritaba que huyera, aunque racionalmente no encontraba motivo para ese miedo. Si hubiera escuchado a mi instinto… ¿pero en qué lugar podría haberme escondido a bordo de esta nave donde no me encontrara uno de los elegidos del Señor de la Guerra?

Volví a concentrarme en la plata, intentando dejar a un lado todo pensamiento que no fuera trabajar el metal. Una tarea tan sencilla no debería haberme llevado más de unas horas, pero no podía librarme de mis pensamientos acerca de aquel guerrero y su amenazadora presencia. Cada línea del grabado surgía falta de vida y carente de toda inspiración, así que volví a los mismos libros polvorientos que había consultado cuando creé el relicario para el Lord General.

En sus páginas encontré múltiples referencias a los lobos y la luna: los neuri de la antigua Escitia se transformaban en lobos una vez al año; el temor de los antiguos a los ojos de una mujer lobo, porque podían ofuscar los sentidos de un hombre. Algunos veían a los lobos como profecías de victoria, otros como heraldos del fin de los días. Al final encontré un fragmento de la leyenda sobre un lobo encadenado que rompía sus ataduras y se tragaba el sol antes de ser asesinado por un dios

tuerto. Dado que el lobo de mi grabado tenía que contraponerse a la luna, me pareció una elección apta.

Una vez que tuve el diseño fijo en mi mente rápidamente grabé la pieza, representando al lobo con simplicidad y elegancia. Una criatura noble, orgullosamente enfrentada a la luna creciente, la cabeza alzada como a punto de liberar un aullido salvaje. A pesar de que la obra no presentaba dificultad alguna y el diseño era sencillo, después de todo estaba orgulloso del resultado. Estaba seguro de que mi cliente anónimo también estaría satisfecho con la pieza final, y mi miedo a la violencia que intuía en su interior remitió.

Como prometió, volvió al día siguiente apenas acababan de sonar las sirenas de la nave que indicaban el ciclo nocturno. Exigió ver lo que había creado y sonrió al ver la medalla de plata grabada que deposité en su palma absurdamente grande. La giró entre sus dedos observando los contraluces sobre la imagen repujada. Tras ello asintió y alabó mi trabajo.

Incliné la cabeza, satisfecho de que mi creación hubiera obtenido su aprobación, y en cuanto la alcé de nuevo su mano aferró mi cuello. Unos dedos como cables de hierro se cerraron alrededor de mi garganta y me encontré izado, pateando en el aire a la vez que sentía la inexorable presión de su agarre. Lo miré a los ojos, luchando por comprender por qué estaba haciendo aquello, pero no pude encontrar en ellos nada que explicara su ataque.

No podía gritar, su mano no permitía que saliera de mi boca nada más que un silbido estrangulado. Algo se quebró y sentí una presión desgarradora en mi interior. Y entonces estaba cayendo, golpeándome contra el suelo de mi taller y pataleando en mi lucha por respirar. Sólo unos minúsculos soplos de oxígeno me alcanzaban los pulmones a través de la tráquea destrozada cuando lo vi arrodillarse a mi lado, con una expresión burlona en sus romos rasgos.

Las palabras luchaban por alcanzar mis labios cianóticos, un centenar de preguntas, pero sólo tenía aliento para una.

¿Por qué?

El guerrero se inclinó y me susurró al oído.

Era algo como una respuesta, pero una que no tenía sentido.

Me estaba muriendo. En unos minutos estaría muerto, y sin esperar a presenciar mis últimos momentos el guerrero se dio la vuelta y salió de mi taller.

Soy más fuerte de lo que parezco y, aunque no lo sé con certeza, no creo que me esté muriendo todo lo deprisa que mi asesino hubiera imaginado. Respiro el más fino de los alientos, suficiente para mantenerme unos pocos momentos más, pero no lo suficiente como para vivir. Mi vista se vuelve más borrosa, y siento que mi cuerpo se muere.

Es el fin de este platero, y me temo que nadie sabrá nunca por qué.

¿Qué es esto?

¿Es una corriente de aire lo que roza mi piel?, ¿es eso el sonido de una puerta abriéndose?

¡Lo es! Oigo un grito de alarma, pasos pesados. Algo enorme y pálido se cierne sobre mí. Unos rasgos hermosos parecen ondular sobre mí, como la cara de un salvador vista desde debajo de las aguas de un lago tranquilo.

Conozco a este guerrero.

No existía nadie a quien le quedara mejor la servoarmadura Mark IV.

Hastur Sejanus.

Mientras me levanta del suelo sé que no será capaz de salvarme. No sobreviviré, no importa lo rápido que sea capaz de llevarme al medicae, pero me siento aliviado. No moriré solo, alguien me estará viendo en el momento en el que abandone estos restos mortales. Seré recordado.

Me deja sobre mi banco de trabajo sin mostrar ninguna consideración hacia mis obras, barre a un lado una bandeja llena de encargos finalizados. Mi cabeza se desploma de lado y veo cuatro anillos que caen al suelo. Lo veo pisar accidentalmente uno de ellos, aplastándolo completamente con su peso.

Es el anillo que hice para él.

Se inclina sobre mí, sus palabras son presa de la urgencia y la pena que muestra por mi muerte es genuina.

Me grita preguntas, pero no soy capaz de comprenderlas.

La vida se me escapa. Mis ojos se cierran, pero antes de irme oigo que Sejanus hace sus últimas preguntas.

¿Quién ha sido? ¿Qué ha dicho?

Con la última chispa de mi vida escarbo entre los recuerdos que van muriendo y fuerzo las últimas palabras de mi asesino a través de mi laringe destrozada.

«No sé decirte.»

FIN DEL RELATO